

072. El Dios que se comunica

Todos nosotros tenemos metidas en la cabeza muchas imágenes de Dios, es decir, nos lo imaginamos de muchas maneras. ¿Son todas acertadas? ¿No son muchas defectuosas? Bastantes de ellas no corresponden a la verdad, porque Dios es muy diferente de lo que tantas veces pensamos.

Pues, bien; entre todas las imágenes que tenemos de Dios metidas en la imaginación, ¿sabemos cuál es la peor, la más defectuosa, la que más nos perjudica? Aquella que nos representa a Dios allá en las alturas, mirándonos de lejos, y con ojos bastante indiferentes, y más bien hasta hostiles: porque está aguardando a que le hagamos alguna trastada para aplicarnos su mano fuerte, que sabe castigar bien... Esta es la imagen peor que nos podemos formar de Dios.

No hay más remedio que cambiar de opinión. El Papa Juan Pablo II nos lo dijo muy bien en una de sus catequesis: *Dios no es un emperador impasible, rodeado de luz y confinado allá en sus cielos de oro.*

La imagen del Dios dictador hay que cambiarla por la imagen del Dios Padre; un Padre que nos ama; y porque nos ama, se comunica con nosotros; y se nos da sin medida, con la esplendidez de un Dios.

Al comunicarse Dios por amor, establece con nosotros relación de amor y nos fuerza a relacionarnos los unos con los otros también con amor, dándonos a todos con amor desinteresado, generoso y total. El secreto está en sentir a Dios cercano: se nos comunica, para que nos comuniquemos nosotros también.

Un Santo de hace ya muchos siglos, Juan de Mata, era hijo de una familia noble, rica. Dado al estudio, era ya desde joven un brillante profesor. Pero se decide por el sacerdocio, y, ordenado, celebra en París su Primera Misa con todo el esplendor, rodeado de los más altos dignatarios de la sociedad.

Corrían unos días difíciles para la Iglesia, porque Jerusalén había caído en manos de los sarracenos y los esclavos cristianos se contaban por miles en las mazmorras o los mercados musulmanes.

Al levantar la Hostia consagrada en alto, el celebrante se para, y todos se preguntan inquietos:

- *¿Qué ocurre? ¿Qué le está pasando a Juan?...*

Juan no dice nada. Después lo contará:

- *¿La Santa Hostia? Yo no la veía. Yo solamente veía a Dios, a Dios que se me comunicaba del todo a mí. A Dios que, mientras se me comunicaba a mí, tenía junto a Sí a dos pobres hombres esclavos, atados con fuertes cadenas a sus pies.*

- *Juan, y entonces, ¿qué?*

- *Allí comprendí la misión mía. Si Dios se me da del todo, yo también me doy del todo a Dios. Me doy a Dios dándome a los hermanos que me necesitan. Por eso soy un libertador de esclavos.*

Dios es la bondad infinita. Y porque es bueno y posee todo bien, su amor le impulsó a comunicarse, y a comunicarse sin medida. Si se limitara en su donación, ya no se comunicaría como Dios.

Se comunicó en la creación, y el universo se llenó de ángeles y de hombres, llamados a la felicidad misma de Dios.

Se comunicó Dios en Jesucristo, y al hacerse Hombre como los hombres, ¿de qué otra manera mayor y más tierna se podía comunicar?

En Jesucristo, como lo vio el misacantano de París, se comunica por la Eucaristía tan totalmente que Dios y el que comulga se confunden los dos en una sola cosa, en una sola persona, porque quien comulga permanece en Jesucristo y Jesucristo permanece en el que comulga.

Y la donación de Dios será total, definitiva, eterna, sin medida posible, cuando a cada uno de nosotros se nos haya dado en la visión y posesión de su misma felicidad en la gloria.

Al cantar la comunicación espléndida de Dios, cambia por completo la imagen que tenemos formada de Dios. Nada del Dios indiferente. Nada del Dios severo. Nada del Dios dictador. Nada del Dios desinteresado. Nada del Dios a quien no le importamos nada. Nada del Dios egoísta, que se guarda celosamente sus riquezas inmensas para Sí. El Dios del Cielo es el que se ha dignado bajar a la Tierra para comunicarse a los hombres sin reservarse nada, porque todas sus delicias son estar con los hombres sus hijos.

Estupendo todo esto. Pero Dios se hace muy exigente con nosotros por este mismo desbordarse de su bondad. El aislamiento que los hombres hemos establecido de los unos con los otros, es inadmisibles ante el Dios que nos ama y se comunica por igual a todos. Las barreras entre los ricos y los pobres, entre los de un color en la piel y otro, entre los países del Norte y países del Sur..., están todas inspiradas por el egoísmo que no tiene que ver nada con la generosidad de Dios. Más: tales barreras están en contradicción abierta con ese Dios que nos pide y exige comunicarnos a todos como se nos comunica Él mismo.

Las arcas repletas de monedas oro antiguas, cerradas con fuertes candados, y las modernas libretas del Banco llenas en todas sus líneas, son una contradicción con el ser y el querer de Dios, que se comunica sin reservas e impone la comunicación en el amor.

Al comunicarse Dios sin medida, ¿cuál es la medida de nuestra comunicación con Dios? Es la que cantó el poeta con versos muy acertados: *Mas, como Vos no hay dos, - ¿sabéis como a quién os quiero?,- Señor mío, como a Vos* (Diego Murillo)

Queremos poner un valladar al indiferentismo religioso que nos invade, porque Dios no interesa. ¿Valdrá el pensar más en el Dios que nos ama y se nos da?... Queremos que haya más amor para con los hermanos que nos necesitan. ¿Valdrá el pensar en el Dios que se nos da del todo, y que quiere que nos demos del todo también?... ¡Cuántas cosas dependen de la imagen que tenemos formada de Dios!...